Un día fuí á su casa, en busca del hombre de negocios, por que yo me suponía otro tal, y salí de aquel soberbio alojamiento, sin que entre nosotros se cruzase una sola palabra que no fuese de arte.

Quizá perdí un protector, pero gané en cambio un amigo.

En Reyles, me sorprendieron desde el principio, dos cosas: la seguridad que manifestaba de su triunfo y el enamoramiento de su arte.

Con respecto á lo primero, supe á que atenerme, tan pronto hube leído sus primeras obras, y tampoco lo dudé; en cuanto á lo segundo, la explicación halléla más tarde cuando se me presentó ocasión de conocer en otras partes de América á los literatos y escritores de aquellos países.

Un escritor en el nuevo mundo, si no es un hombre de posición, es cuando menos un hombre que tiene conciencia exacta de que rehusa la riqueza, y sólo con sincera vocación puede hacerse semejante sacrificio.

Las letras, no constituyen nunca en América como en España, un recurso para los prófugos del despacho ó de la oficina; y con existir, como en todas partes, las falsas vocaciones y abundar el número de los hueros, representación de lo que por aquí conocemos con el genérico de *sinsontes*, los realmente llamados, haciendo de su profesión un culto, no corren el peligro de convertirla en medio de subsistencia, sin otra finalidad.

A Reyles, su cuantiosa fortuna le pone á cubierto de semejante riesgo, y ofreciéndole esa tranquilidad de espíritu que reclama Tolstoy para el artista, le coloca en condiciones que él aprovecha en beneficio de su cultura.

No obstante esto, no sé por qué, nunca me pareció feliz, y lo que es peor, jamás considerándole un hombre *diferente* á la manera de los que así clasifica Sthendal, se me ocurrió recordar, observándole, que el Eclesiastes ha dicho que *quien añade ciencia añade dolor*, y que Schopenhauer, ampliando la idea, ha escrito que «el dolor es el patrimonio del intelectual».

No sé qué dramas, no sé qué cosas me imaginaba yo en «aquel sér pequeño, misterioso como todo un mundo».

Cuando conocí su *Beba* me ratifiqué en mi creencia. Beba y Rivero, son dos hijos del alma de Reyles, y como tales, dos desgraciados; últimamente, El Extraño, otro atormentado, otro adolorido, me ha hecho recordar, confirmando mis sospechas.

Un día, de esos en que la soledad espanta, en que como derrumbes caen sobre la memoria todos los recuerdos, despertando las mil nostalgias que afligen y angustian las horas, acudía yo á comunicar mis penas á Carlos Reyles, para encontrarlas alivio.

— «Trabaje usted, — me dijo, — escriba, nunca se está en mejores condiciones... no hay nada que haga olvidar tan pronto los sufrimientos».

Y yo, recordando que como decían los griegos, el arte es libertad, me olvidé de mí mismo para pensar en él.

La primera obra seria de Reyles fué *Beba*, una novela preciosa que hizo popular el nombre de su autor; á ella han seguido las Academias *Primitivo* y *El Extraño*, que tal polvoreda levantaron en España hace unos meses, y sobre los cuales no sería oportuno ahora volver. Baste decir, que dichos ensayos de modernismo, han merecido la sanción de doña Emilia Pardo Bazán, J. O. Picón y bastantes más, que en las columnas de *El Liberal* se pusieron abiertamente del lado del novelista americano.

Al despedirme yo, después de algunos meses de vida íntima en aquella hermosa tierra uruguaya, de Carlos Reyles, para el otro extremo del continente; en nuestra última conversación hablábamos de la imperiosa necesidad de buscar un lenguaje para expresar todas esas medias tintas, todos esos matices, á la par que la diversidad de sensaciones, la mezcla de perversidades y bondades, el conjunto heterogéneo de cualidades, la monstruosa complicación de sentimientos, de anhelos, de tormentos, de angustias, que constituyen el aflictivo estado del alma moderna; y cuando yo, desesperanzado por la inmensidad de la tarea, bajaba la cabeza, resignándome ante mi impotencia, irguióla él para decirme: ¡Si todo eso se siente, cómo no poderlo expresar!

Y su confianza me hizo tenerla en su talento, y hoy, como entonces, después de leídos sus últimos libros, veo en Reyles al artista que ha de acabar por enseñorearse de su arte.

T. ORTS RAMOS

LA DE BETANZOS

I

Había una joven en Betanzos, morena y hermosa, atrayente y buena, como lo son en general las hijas de Galicia, tan seductoras por su belleza cuanto por la sencillez de su trato.

Se llamaba María, la llamaban Maruja; tenía apenas dieciocho años.

Era una Patti en las muñeiras; una celebridad, no sólo en su pueblo, sino en toda aquella comarca.

Maruja quería mucho á Francisco; el mejor mozo sin duda de Betanzos y sus cercanías.

Se dedicaban los dos amantes á la labor de un pequeño campo, y al pastoreo; y en el reparto entre terruño y ganado de aquel amor puro y sincero, se llevaba siempre Cupido la mejor parte.

Maruja y Francisco formaban un alma en dos cuerpos.

Ella, con la alegría dibujada en sus labios de rosa, como la de los fértiles campos que cultivaba, concurría, acompañándola él, á todas las fiestas de los lugares vecinos, siempre solicitada para cantar sus muñeiras, que se habían hecho populares en más de veinte leguas á la redonda.

Un día, la enamorada pareja deletreaba con angustia una carta, y aun se la dieron al cura de su parroquia, para que la leyese, y le suplicaron después que volviera á hacerlo, porque les parecía imposible que encerrasen aquellas líneas un decreto de destierro y separación.

Francisco tenía un tío en América, único pariente que le quedaba en el mundo.

Le llamaba con toda urgencia, incluyéndole dinero para el viaje, y tenía que partir. ¡Cómo desoír el ruego del anciano!

El autor de la carta vivía en Buenos Aires. A fuerza de trabajo y constancia, había reunido un capital, y á la sazón era dueño de un almacén de primer orden en la calle de la Florida; de esos que se conocen en la capital argentina con el nombre característico de Registros.

El tío de Francisco había ido allí, como muchos, á hacer fortuna, y pudo conseguirlo. Llegó de jornalero y pasó con el tiempo á ser amo; patrón, como les llaman en Buenos Aires.

La pobre Maruja lloró con lágrimas de sangre la inesperada marcha de su novio, quien salió para el rico y hermoso país de Belgrano y Alsina, en el primer vapor que con dirección á la floreciente República pasó por la Coruña.

El día aquel, á pesar de la hermosa luz que irradiaba el sol, fué para ellos, cual el de todos los enamorados que se separan; obscuro, sombrío, preñado de nubes y lleno de amargas tristezas.

El buque zarpó. Francisco en la borda, y Maruja, de pie en la lancha que la había conducido al vapor, se dieron ese saludo último, el más visible y más continuo que agita el aire á la distancia.

Aquellos dos pañuelos, blancos como los copos de la nieve, aparecieron como negros crespones á la vista de los amantes.

II

Maruja se quedó sola con su tristeza; cuanto le rodeaba, objetos y personas que se moviesen en torno suyo, le parecían las sombras del feliz pasado que embelleciera su existencia.

Con ansiedad indescriptible esperó la llegada de los correos... y estuvo á punto de caer exánime, al encontrarse conque no llegaba ninguna carta dirigida á su nombre, aunque supo que el buque había llegado felizmente, y sin novedad á bordo.

Dudó y esperó todavía nuevamente.

Algo grave ocurría.

Esto pensaba la pobre joven; y así era en efecto. El tío de Francisco se estaba muriendo; lo que al cabo supo por conducto de su novio, quien al finalizar su viaje, se ocupó sólo en correr á la cabecera del enfermo y no separóse de allí para nada.

El mal tuvo bastantes intermitencias, y la vida del anciano se fué prolongando, aunque penosamente, por supuesto.

Maruja, sin otro cuerpo del cariño de Francisco que sus cartas, las estrechaba contra su pecho, se las sabía de memoria, las perfumaba con los suspiros de su alma y las empapaba en las lágrimas abundantes que humedecían, como las gotas del rocío á las plantas, las rosas coloreadas y frescas de sus mejillas.

Se excusaba de ir á las fiestas de los pueblos cercanos, y cuando no podía evadir su presencia, salían de su garganta notas de una terrible melancolía.

Sus muñeiras eran ayes de un alma destrozada por el dolor.

Las hijas encantadoras de Galicia, la bella Suiza de España, quieren con el delirio de la vehemencia, con el vértigo indefinible de las grandes pasiones.

Juzguen nuestros lectores, por consiguiente, del estado en que se hallaría Maruja al empezar á no recibir cartas de Francisco.

Investigó; pero todo fué inútil.

Al cabo de mucho tiempo de averiguaciones constantes supo que ya no se hallaba Francisco en América, sino en España; ¿pero en dónde?

No tuvo calma para más, y quiso ella misma salirle al encuentro. Preparó su modesto equipaje, compuesto de algunas mudas de ropa, de su inseparable gaita, recuerdo de su novio... que tan bien la tocaba, y con sus ahorros y lo que le produjo la venta de la poca tierra que poseía, se fué de puerto en puerto, como una loca, inquiriendo por todas partes.

Los recursos se le acabaron: empeñó cuanta ropa llevaba, se quedó con la puesta; y... reducida por último á la miseria, se fué de pueblo en pueblo, cantando muñeiras: procurándose el sustento y lo más preciso para seguir la peregrinación que había empezado, con la moneda que le alargaban los transeuntes, movidos por la expresión de profunda tristeza de sus bellísimos ojos, y la de aquellas sentidas notas que brotaban de sus labios.

Llegó hasta Madrid.

Era uno de esos inviernos en que los pobres sienten como nadie el rigor del frío.

Maruja, confundida entre ese pueblo bohemio que se agita en las grandes ciudades, luchando con el hambre y con la intemperie, recorría sin cesar las calles; más herida en su corazón por lo acerbo de los pesares, que destrozada en la piel por la acción de la nieve.

En una noche del mes de Enero, en que el hielo llenaba las calles de la villa del oso, Maruja, envuelta en un raído pañolón, que apretaba contra sus miembros ateridos, y colocada bajo uno de los faroles que alumbran la hermosa fachada del teatro de Apolo, cantaba muñeiras, implorando de esa manera una limosna.

Entre los concurrentes al favorecido y clásico coliseo de la gente alegre de última hora, salió un apuesto caballero, envuelto en un rico gabán de pieles. Llevaba del brazo una de esas que parecen señoras, por lo elegantemente vestidas y lo bien alhajadas que van, á quien soltó de pronto, yéndose en seguida, como atraído por un imán, hacia el sitio en que se hallaba Maruja.

Aquellas muñeiras sólo podía cantarlas ella. Era su voz, era su estilo, eran sus sollozos, era su corazón que vibraba, su alma, su sér; era toda ella, en aquellas canciones de la tierra gallega, que tan dulcemente suenan y repercuten, como cantos de un poema sin fin, en sus agrestes y eslabonadas montañas.

A la luz del farol que daba de lleno en el rostro de la infeliz, á pesar de las huellas del sufrimiento impresas en él, reconoció á Maruja.

La mendiga y el caballero lanzaron un grito, se arrasaron sus ojos en lágrimas y se abrazaron con efusión.

Aquel señor tan distinguido era Francisco. Muerto su tío, legándole una fortuna, que realizó en seguida, volvióse á Europa, con una bailarina italiana, que había empezado ya á gastarle parte de sus cuantiosos bienes.

La muñeira fué el verdadero grito de su conciencia adormecida por el filtro que durante un año bebiera en los labios de la impúdica *traviata*. La muñeira le trajo á la memoria los felices recuerdos de su vida en la aldea, sus antiguos y puros amores, las infidelidades que había cometido, la interesante y hermosa figura de su Maruja, que se imponía á todo fantasma pasajero, á toda pasión de momento, á todo vértigo insensato; y su corazón noble y grande, se inundó de gozo, bendiciendo aquel feliz y providencial encuentro.

A los pocos días Maruja y Francisco se unían en santo é indisoluble lazo.

III

Mi amigo González García es una apreciable persona que goza de merecida reputación en la Bolsa.

Su firma es dinero. Respetables capitalistas de provincias y de Madrid tienen depositada en él su confianza.

El señor González García habita un precioso *chalet* en Madrid, en la Castellana; y antes de mi partida para América quiso que fuera á su casa y comiese con él; presentándome á su esposa, á quien no tenía yo el gusto de conocer.

Una persona bellísima que hace feliz á mi amigo; el cual estima, que nada valen los tesoros de sus arcas comparados con el de su virtuosa compañera.

Después de haber hecho los honores correspondientes á la suculenta comida y excelentes vinos que fueron presentados en la mesa, se sirvió el café.

Hablé de los viajes y excursiones que como periodista había hecho, y después de haberse dedicado un gran párrafo á Buenos Aires, — de cuya ciudad, así como de toda la República Argentina, hicimos la mención encomiástica que en honor de la verdad se merece, — le tocó el turno á Galicia, y especialmente á la Coruña y á Betanzos; puntos que recorrí, representando el diario *El Progreso*, con motivo de la inauguración del ferrocarril directo entre la capital de España y la de Galicia.

Los señores González García escuchaban con gusto la relación entusiasta que les hacía de la Coruña y de los pueblos cercanos.

Hablé también de las gaitas y las muñeiras; diciendo de éstas, que no las tengo, como algunos, por cantos monótonos, sin ninguna expresión, sino que muy por el contrario, estoy convencido de que hablan al alma.

La señora de mi amigo, no menos conmovida que su esposo, asintió á mis palabras; añadiendo á renglón seguido que, en prueba de mi aserto, iba á contarme la historia de unas muñeiras cantadas por ella en otro tiempo: y me refirió lo que acaban de leer ustedes.

La señora de González García era la de Betanzos de mi cuento; y su marido, aquel Francisco que se fué á Buenos Aires y heredó la fortuna del rico comerciante de la calle de la Florida.

P. SAÑUDO AUTRAN

¿POR QUE LLORAS?

CANTARES [1]

Para componer cantares,
dos cosas se necesitan:
tener corazón de cera,
y saber qué son penitas.

No muevas el abanico
cuando á tu lado me encuentro,
que no es prudente dar aire
estando tan cerca el fuego.

¡Horrible necesidad
es padecer hambre y sed...
yo que de tu amor los tengo,
calcula si sufriré!...

Tus mejillas son cual ramo
de azucenas y amapolas,
perenne engaño inocente
de abejas y mariposas.

Puesto ya entre cuatro cirios,
encima de duras tablas,
te he de decir todavía
que te amé con cuerpo y alma.

De que tenga el mar sirenas
dudo, por más que lo cuentan;
pero que en la tierra existen
lo dirán cuantos te vean.

¡Miren que es negra fortuna
prendarse de una mujer
que pone la vista en otro
y no os quiere mal ni bien!

Te enseñé á deletrear
y después á escribir cartas;
ahora las mandas á otro...
fuiste ingrata, muy ingrata.

¿Qué es la dicha? ¡Para un niño,
las caricias y los juegos;
para un joven, el amor;
para un viejo, puro sueño!

¡Recogí su último aliento
y aun doquier la miro viva;
la muerte robóme el cuerpo,
mas nó su sombra querida!

Pronto de nuevo abrirás
su fosa, sepulturero;
pues al enterrarla á ella
me dejaste vivo-muerto.

El recuerdo de su amor
me conforta y me atormenta;
como la cruz y el puñal
se halla todo en una pieza.

Dicen que las penas matan,
y mienten los que tal dicen;
que yo soy la pena andando
y no consigo morirme.

Mis cantares tristes son
como el canto de la alondra;
tan cierto es que existen séres
que hasta cuando cantan, lloran.

† ENRIQUE C. GIRBAL

(1) Forman parte de la colección titulada «Pasionarias» que dejó inédita el autor.

POR ANDALUCÍA

VISITA Á LA CASA VINÍCOLA DE LOS SRES. GONZÁLEZ BYASS, EN JEREZ DE LA FRONTERA.

PARA apreciar y admirar lo que la famosa población jerezana vale, precisa vivir en ella, no unos días, sino meses. Sólo así, puede estudiarse detenidamente el comercio que palpita en toda su comarca, y el papel importantísimo que, en el mundo industrial, desempeña la notable ciudad de la vid.

Hay que convenir en que España es un país de sorpresas; un país de riqueza incalculable, mucha de la cual desconocen gran parte de sus naturales, por no querer ó no saber apreciarla cumplidamente. Refiriéndonos, en particular, á Andalucía, hemos de condenar la injusticia de los extranjeros que, al emitir juicio acerca de ella, sólo se les ha ocurrido hablar de *guitarras, palillos, panderetas, ventanas enrejadas* y andaluzas hermosas, deslumbradoras, con una flor entre los cabellos y *la navaja en la liga*. Cierto que, á primera vista, esta fértil región, aparece superficial é indolente; pero los que la critican, poniendo de relieve su afición al canto y al baile, como nota característica, olvidan que en ella se hace un comercio muy considerable de vinos finos, que las bodegas andaluzas son maravillas, y que sus grandes exportadores, un poco cosmopolitas, por efecto de sus relaciones diarias con Inglaterra, Francia y América, — el mundo entero — poseen establecimientos de primer orden: de los cuales vamos á dar una idea á los lectores, describiendo ligeramente la bodega modelo de los señores González Byass y C.ª; en mi opinión, la más importante entre las numerosas similares establecidas en Jerez de la Frontera.

. . . . . .

La casa de González Byass tiene la particularidad de ser propietaria de viñedos magníficos, por estar situados en los pagos de *Ducha, Morchanudo* y *Balbaina*, sin disputa los mejores que existen; resultando, en consecuencia, cosechera de los vinos que exporta. Hace ya muchos años que el padre de los propietarios actuales, el inolvidable don Manuel María González (q. e. p. d.), se dedicó á este género de comercio, el cual tomó gran incremento bajo su dirección. Hoy sus hijos don Manuel, don Pedro y don Ricardo, lo explotan con un entusiasmo grandioso; pudiéndose decir en la actualidad que su casa es la que posee más y mejores caldos, teniendo también la ventaja de exportar mayor número de botas anualmente.

Desde que la uva se corta de la cepa, hasta que su zumo, hecho vino y con los preparativos necesarios, se pone á la venta, hay que someterlo á trabajos difíciles y costosos, cuya explicación es poco menos que imposible, porque haría falta mucho espacio; tanto que no serían suficientes las páginas todas del ALBUM SALÓN. Sin embargo, diremos sucintamente algo que sirva á los lectores de origen, para que adivinen el resto.

Tiene la citada casa un inmenso lagar de piedra, en el que se pueden pisar diariamente de 150 á 200 botas de vino, con gran comodidad y sin precipitaciones de ninguna índole. Para encerrar estos mostos, existe una tonelería perfectísima, donde se construyen toda clase de vasijas destinadas á la conservación pura de los líquidos y con las seguridades consiguientes para la exportación.

El departamento en que se hallan instalados los alambiques y máquinas de vapor está hecho, como en los demás edificios, exprofeso; por lo que no es extraño reuna los requisitos indispensables, sin que jamás haya entorpecimientos ni sobrevengan imperfecciones en los productos que con tanta pulcritud se elaboran.

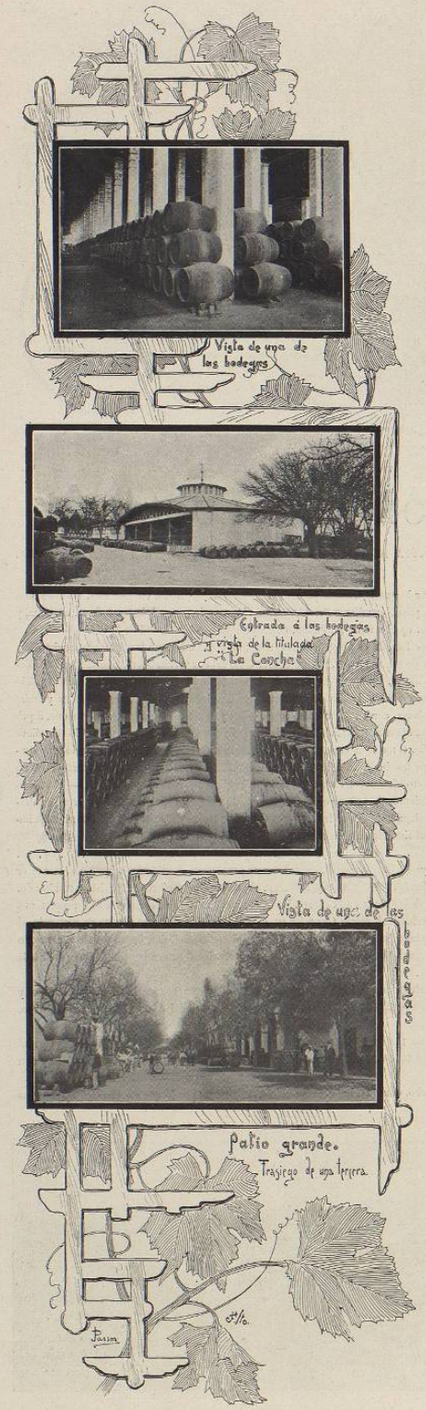
En un espacio de seis hectáreas se hallan establecidas las bodegas y demás elementos accesorios; ocupándose diariamente en las labores un contingente de cerca de 900 personas, todas ellas peritísimas en las distintas faenas vinícolas que desempeñan.

Las bodegas *Rotonda* y *Concha* son, en nuestro humildísimo juicio, las que descuellan; la primera por su gran cabida, y la segunda por su aspecto elegantón, dentro de la severidad de la arquitectura que en estas construcciones debe emplearse, atendiendo al carácter del asunto y á la solidez y ventilación necesarias.

El número de botas que la casa posee asciende á 20,000 aproximadamente, repartidas en los infinitos almacenes con que al efecto cuenta.

Las colecciones de toneles tituladas *Los Apóstoles* y *Los gigantes* encierran dos de las mejores cosechas, siendo éstos los padres — permítaseme la frase — de marcas tan celebradas y populares como *Matusalén, Romano, Tío Pepe, Napoleón, Noé, Néctar, A. B.* y otras muchas que pregona la excelencia de los vinos de los señores González Byass, reputados como los más genuinos de la *tierra de María Santísima*.

LA VENDIMIA. — Cuadro de Viniegra.



Muchas personalidades han honrado la casa; mereciendo especial mención la visita de los reyes de España y la de los individuos del Congreso Médico Internacional celebrado en Sevilla, allá por el año 1882. Para dar una idea aproximada de la satisfacción que experimentaron los visitantes, copiamos los siguientes párrafos de una publicación jerezana, dedicados á tan memorables actos:

« El año 1882 fué visitada esta notable casa por los reyes de España, Don Alfonso y Doña Cristina, acompañados de la princesa Doña Eulalia; el duque de Montpensier, con su hijo don Antonio; el ministro de Estado, señor marqués de la Vega de Armijo; el de Marina, señor Pavía; y otros personajes de la Corte. Una vez que la regia comitiva hubo recorrido todos los departamentos de la casa, almorzó en la bodega llamada de la *Concha*, que estaba preparada para dicho objeto con mucho gusto. Al mes siguiente, visitaron y almorzaron en el establecimiento las infantas Doña Isabel y Doña Paz, con la marquesa de Superunda, marqueses de Nájera, condesa de Llorente y otras á cual más distinguidas personas.

Por aquel tiempo empezaron en Sevilla las sesiones del Congreso Médico Internacional, y en él surgió la idea de hacer una visita á estas bodegas, no teniendo inconveniente el Municipio jerezano en costear un tren expreso que trajo á Jerez los individuos que componían aquél.

Uno de los principales objetos que el Congreso Médico tenía, al visitar la famosa población, era admirar los establecimientos vinateros y analizar los caldos, para declarar después, como lo hizo, que en sus gotas de oro se encierran el contento, la luz, la alegría, y en una palabra, el bálsamo consolador de la vida.

La casa elegida, por ser opinión general que era la mejor, fué la de los señores González Byass, quienes atendieron y obsequiaron, con la esplendidez en ellos notoria, á las notabilidades que formaron aquel ilustre Congreso.

Innumerables é importantes personas pudiéramos citar también como visitantes de la casa que nos ocupa, entre ellas los duques de Mecklenbourg, Shœrin y otros; pero creemos que con lo manifestado basta para dar una idea de la consideración y crédito que en todo el mundo goza la casa González Byass y C.ª

En el mes de Junio del año 1894 fueron visitadas estas bodegas por una nutrida representación de los marinos franceses de la escuadra de dicha nación, surta en Cádiz; á quienes acompañaron los excelentísimos señores gobernadores civil y militar de dicha plaza, una comisión del Ayuntamiento de la expresada capital y el capitán de su puerto.

Gratamente impresionados quedaron los marinos ante la hermosura del establecimiento y la bondad de los jefes del mismo, que se multiplicaron para atender dignamente á los extranjeros. »

. . . . . .

Por las anteriores líneas, quedarán plenamente convencidos los lectores de que son pálidos todos los elogios que se han hecho y que se hacen de los vinos jerezanos y de la casa que nos ocupa; la cual, en nuestra pobre opinión, no sólo honra á la región donde está establecida, sino á la España entera.

Todo es allí sorprendente, lujoso; desde la entrada amplia á cuya derecha se encuentran los escritorios y á la izquierda los gabinetes de espera, hasta las escuelas que, para la educación intelectual de los hijos de los obreros, estableció la caridad y magnificencia del fundador don Manuel María González.

La entrada no se prohibe á nadie, por modesta que sea su posición, y un pequeño *groom*, destinado exclusivamente á servir á los curiosos, se apresura galantemente á conducir á éstos á uno de los saloncillos de espera, hasta que los jefes de la casa disponen que un dependiente especial se dedique á guiar por aquella población industrial al forastero que saborea todas las clases de néctares, desde la más inferior á la más superior.

Cuantos allí entran, firman en unos *albums sui generis*, de los que ya hay guardados algunos tomos; siendo verdaderamente interesante el laberinto de rúbricas que en ellos se ven estampadas, en todos los idiomas del universo, desde el árabe al inglés, desde el francés al ruso; todo formando una mezcla rara que recuerda los *albums* ó tratados de dibujos egipcios.

Escasas, por no decir ninguna seguramente, serán las exposiciones y certámenes que no hayan concedido á esta casa una distinción digna de su valía; recordando entre otras los primeros premios que obtuvo en Madrid, Cádiz, Londres, Matanzas, París, Burdeos, Boston, Viena, Valencia, Niza, Filadelfia, Amsterdam, Barcelona, etc. Posee, además, 17 medallas, no menos valiosas que las anteriores distinciones.

Las fotografías que acompañan este desaliñado artículo, tomadas al azar, suplirán la deficiencia de su autor, quien no dispone del espacio que requiere la importancia de materia tan hermosa.

No fuera justo terminarlo, sin dedicar un recuerdo al señor don Manuel María González Peña (q. e. p. d.), el cual se hizo admirar, no sólo en Jerez, sino en toda la Andalucía, por sus bellísimas cualidades, su amor al trabajo y la protección dermedida que prestó á las letras y á las artes; las cuales alcanzaron por entonces, en la celebrada ciudad, una de sus épocas más prósperas y felices.

La razón social continúa girando bajo el mismo nombre, siguiendo los hijos del ilustre jerezano las huellas de su malogrado padre; por lo que son queridos y respetados. Tenemos el placer de consignarlo así; *pues rendir culto á la verdad es una de las cualidades que debe poseer el hombre*, según dijo muy cuerdamente el gran filósofo Balmes.

¡Loor, pues, al vino de Jerez! y digamos con el poeta:

« ¡Que cieguen los destellos fulgurantes
Del néctar que en las copas espumea;
Que el corazón palpite, arda la mente
Y broten las ideas! »

M. P. G.

PAZ LETAL

Si quisiésemos encontrar un símbolo de la paz que hemos pactado, no acertaríamos con otro más propio que estos *repatriados*, cuyo nombre ha venido á ser sinónimo de *mártires*.

Recuerdo confuso y vago de la niñez, conservo el de la vuelta de las tropas de Africa. Un día, de espléndido sol y de templadísimo ambiente; el firmamento, de ese color divino que ha inspirado la copla popular:

El cielo de la Coruña
está cubierto de azul...

Asomadas, colgadas de las galerías, las señoras, con las manos hundidas ya en la bandeja llena de pétalos de rosa ó asiendo la corona de laurel natural y de cintas amarillas y grana, con que se disponían á alfombrar el camino del soldado que volvía victorioso; y, cuando asomó por la entrada de la calle el torrente de la muchedumbre que envolvía en sus olas al ejército, en marcha; cuando se oyeron los primeros acordes de la animosa estridente charanga, que parecía repetir con vibración de orgullo «Hemos vencido, hemos vencido»;... un escalofrío de gozo y de entusiasmo corrió por las venas, un clamor de formidable alegría ascendió del suelo, un diluvio de flores y de verdes ramas jugó en el aire, como aleteo de aves bien agoreras, como mariposas de un verano radiante y feliz... ¡Impresión inolvidable, doblemente fuerte en el alma del niño!

Hoy, el cuadro tiene el mismo fondo. El cielo sigue bañándose en ondas de záfiro; la bahía centellea bajo la luz solar; los vidrios de las galerías rebrillan; la coquetona Coruña, envuelta en jardines, sonríe como siempre, al que en ella desembarca. ¡Pero mirad á los desembarcados! No traen en el rostro la patria bronceada del sol marroquí: en sus caras puso su garra la fiebre de las Antillas, que consume el calor natural y disuelve la sangre. No vienen por su pie, ágiles, polvorientos, andadores, hiriendo el pavimento candenciosamente, al paso militar: pasan en camillas, yertos, contraídos, esqueletados, casi invisibles... de puro pequeños que los dejó el sufrir... ¡Cosa extraña y simbólica! ¡El soldado español diríase que acrece su mediana estatura al vencer, y que, al llegar vencido, se reduce y encoge! Todos los que han visto estos días á los repatriados están de acuerdo en que apenas se les distinguía; en que semejaban, al pronto, niños enfermos...

Análogos al despojo que arroja el mar á la playa, después del naufragio, así cruzan del muelle al lazareto ó al hospital, y en el corto trayecto se mueren á docenas; no es hipérbole, á docenas, aunque el horror haga inverosímil la cifra. Silenciosos, sin fenómenos de agonía, luz que se apaga por falta de combustible, van exhalando el último aliento en la primer bocanada de aire de la tierra patria. Ni un gemido revela la herida del alma, libre al fin. No hay estertor, no hay agitación, no hay fuerza para cosa alguna. La cabeza inerte se hunde un poco más en el almohadón, la boca queda abierta, como sedienta de respirar; échanles el embozo de la sábana por la cara, y todo ha concluído...

¿Conocéis la anemia?; este padecimiento sin dolor, esta disolución de lo más íntimo del organismo, de la sangre; ¿no es cierto que parece enteramente incompatible con el valor que el soldado necesita? El anémico no puede moverse; el anémico se fatiga sólo con alzar los brazos; el anémico no se concibe que resista el peso de un Maüser.—Y estas expediciones de repatriados nos dicen á las claras que la anemia fué el verdadero enemigo del ejército español en las Antillas. La anemia destruye la voluntad y la resolución, porque roba al cuerpo todo el vigor, al atacar la fuente de la vida en las venas. La patria pide al soldado su sangre. Perfectamente; la patria está en su derecho: pero ¿y si el soldado no tiene sangre que dar? ¿si la ha quemado y calcinado el clima? ¿si de los dos colores de la bandera sólo tiene uno, el amarillo,... el tono de la calentura y de la muerte? Entonces, el soldado, reducido al estado de semicadáver, sólo una forma de heroísmo puede cultivar: la aceptación resignada de este morir sordo, manso y sin estrépito de gloria. Y la acepta. Sucumbe, quedándose «como un pajarito»; la frase expresiva de las pobres mujercicas que en el muelle de la Coruña corrían á ofrecer á los soldados todo lo que inspira la franca compasión popular...

¡Oh, las mujercicas del muelle! ¡Y qué maestras para los soplados y egoistones políticos, y para los que no saben, en estos momentos, sino correr á los toros ó bailar donde se pueda, aunque sea en un buque! (¡tremenda ironía!) Había que verlas precipitarse, con los ojos húmedos y el pecho blando de maternal ternura, al paso de aquellas camillas, de las cuales inútilmente las querían alejar los policías y los guardias.—Un moribundo pide, en voz imperceptible, un trago de leche, y la mujercica corre á buscarlo: no sabe dónde habrá leche; pero ella la encontrará, así sea debajo de las piedras de la calle. Y á los diez minutos vuelve jadeante, desgreñada, ronca, alzando con triunfo una jarra, un vaso, que acerca á los labios del expirante soldadito. Es en balde atajarla: se abre camino con ímpetu, con bríos de leona; el repatriado no morirá sin haber gustado leche fresca...

No les digáis á las sublimes mujercicas que en esas camillas puede esconderse el contagio de males crueles que nos envía á veces el trópico. No intentéis alarmarlas ni desviarlas con prudentes consejos. No entenderán. Al contrario: lo que las atrae, lo que las llama, es el sufrimiento, el dolor, el peligro, la injusticia, el martirio. Ven una cruz y la adoran. Lo que remueve sus entrañas es lo mismo que impulsó á la sencilla y humilde pastora de Domrémy, á dejar sus ovejas y vestir la armadura: *la piedad*, el atributo femenino por excelencia...

Y ahí está la imagen de la paz, la tristísima paz que sería preferible y menos hipócrita haber hecho á discreción del vencedor. Si han de aceptarse al fin todas sus condiciones, sean las que fueren; si no nos queda medio alguno de hacer valer nuestro derecho; si ya el derecho tampoco es más que una palabra hueca, una moneda antigua y curiosa, conservada en los museos de los tratadistas, pero sin curso en las relaciones internacionales, ¿á qué, vive Dios, enviar comisiones á París? El que ve á nuestros repatriados, no necesita preguntar por qué no ha entrado en acción seria el ejército de tierra, ni por qué se han eternizado los insurrectos en la manigua. El poeta alemán describió la pavorosa revista nocturna que pasa el Emperador á los muertos: si aquí hay un poeta capaz de expresar el horror, que escriba una balada con la guerra de los agonizantes.

EMILIA PARDO BAZAN

GITANILLA; por JOSÉ LLOVERA.

A LOS BUENOS CATALANES

El ALBUM SALÓN ha acogido tan benévolamente los articulejos que le he mandado, que hoy me atrevo á invocar su protección y su publicidad para dirigir una excitación á los buenos catalanes. Siempre fuí entusiasta admirador de ese pueblo trabajador, activo, varonil, en que siempre encuentran eco y apoyo las ideas grandes y elevadas; y por eso creo que solamente en Cataluña, y principalmente en Barcelona, podrá tener acogida la mía; que es la siguiente: Acaba de tener lugar en Béziers la representación de *Dejanire*, tragedia en 4 actos de Luis Gallet, con música del ilustre compositor Saint-Saëns, Jefe de la Escuela Francesa. En esta solemnidad, la música de la Guardia municipal de Barcelona se ha cubierto de gloria, pues en carta que he recibido del ilustre maestro, me dice que la dicha banda ha sido *la piedra fundamental del edificio*, sin la cual no hubiera sido posible edificar, y que el auxiliar más poderoso que ha tenido, para el éxito musical, ha sido el maestro Sadur-

ní. La representación de esta obra tiene gran importancia, no sólo por su mérito y por su éxito, sino porque abre un nuevo horizonte á las representaciones teatrales, permitiendo realizar el proyecto del teatro popular barato y al aire libre. Ofrece, además, ocasión para levantar el espíritu del pueblo, para enseñarle la historia, con cuadros pintorescos de las glorias ó de las tradiciones nacionales, alejándolo de los toros y del género chico, incompatibles con la verdadera cultura artística, y que hacen mucho más daño al progreso nacional de lo que se figuran los que creen que el mejor medio de curarse la sarna es rascarse la llaga. Si el ejemplo tiene imitadores, dados los medios de que disponen la Ciencia y la Industria modernas, ¿quién es capaz de adivinar lo que puede llegar á ser un espectáculo de este género, ni la influencia que puede ejercer sobre la cultura moral y material de un pueblo? Un público de ocho á diez mil espectadores permite atrevimientos que en ningún teatro cerrado se pueden intentar. Puesto que la banda del municipio barcelonés es un lazo de unión, organícese para el próximo año la representación de *Dejanire*, en Barcelona, invitando á Saint-Saëns á que vaya á dirigirla; y entre tantos poetas y compositores catalanes, preparad para el año siguiente un episodio pintoresco, dramático, de la historia ó de la leyenda catalana; algo, donde á la luz del sol, al fulgor de las espadas y de las corazas, al sonido de atabales y trompetas, al ondear de las banderas desplegadas al viento, podemos gritar todos, catalanes y castellanos, ¡Viva España!; uniéndonos ahora más que nunca, en la hora de la desgracia, para confortar nuestro espíritu con las memorias de grandezas pasadas; vigorizando la voluntad y la energía, para trabajar en nuestra regeneración futura, con más trabajo y menos discursos; y convenciéndonos de que todos los males de España dependen de que la suma del trabajo nacional no produce para que vivan todos los españoles, y de que todos los que trabajan viviendo del presupuesto no aumentan la riqueza pública y vienen á substituir á los antiguos frailes. Para que haya país, es preciso que la Agricultura, la Industria, el Comercio, las Artes y todas las demás manifestaciones de la actividad productiva, sean las que constituyan la riqueza. Cuando esto falta, las operaciones financieras, el papel del Estado y los destinos del presupuesto, son papeles mojados, humo de pajas é ilusiones engañosas que, más temprano ó más tarde, vienen á parar en la vergüenza y en la bancarrota. Si contra mi voluntad me he salido del asunto, ha sido para que vean los *buenos catalanes*, á quienes me dirijo, que en mí tienen un buen amigo que piensa como ellos.

Mi idea está lanzada; Dios le dé suerte, para que yo logre verla realizada en Barcelona.

G. MORPHY

MADRID ELEGANTE

Cuando aparezca esta crónica en el Album Salón, la vida madrileña habrá ya recobrado su habitual aspecto; excepto el Real y el Español, todos los demás teatros se hallarán abiertos; en la Castellana y el Retiro, exhibirán las modas otoñales, las reinas de la elegancia y el buen tono; se anunciarán las próximas Carreras de Caballos y se celebrarán las últimas corridas de toros de la temporada: éstas, en medio de creciente y bulliciosa animación; aquéllas, en eterna é invencible soledad.

***

La fiesta de las Mercedes se ha celebrado este año con menos animación aún que en los anteriores: bajo los muros del regio Alcázar, ha largo tiempo que no resuenan ecos de fiesta; y la gentil Princesa de Asturias ha recibido solamente las felicitaciones de la augusta familia, y de la alta servidumbre palatina; pero la nación que contempla con interés respetuoso á la Reina Regente y á sus hijos, ha hecho votos porque se disipen las nubes de tristeza que hoy envuelven al histórico palacio de Oriente.

Otras damas aristocráticas llevan también el nombre de la Virgen con la dulce y poética advocación de Mercedes; por eso se ha visto muy felicitada la noble marquesa de Arenales, hermana política del duque de Sesto, y una de las bellezas que más han figurado en la Corte; su nieta la señora de Hurtado de Amézaga, hija mayor de los marqueses de Navamorcuende; la bella señora de Avial, hija de los señores de Llorens; la encantadora Mercedes Valmediana; la marquesa de la Coquilla; las señoras de Tapia y Viuda de Santiago; las señoritas de Sánchez de Toca, de Pidal y de Montalvo, entre otras.

***

Hoy se abre el abono en el regio coliseo, y como sucede todos los años, son infinitas las combinaciones que se vienen haciendo entre las familias aristocráticas que conservan la costumbre de frecuentar la espléndida sala del Teatro de la Opera. De algunos años á esta parte ha cambiado totalmente de aspecto, y cuantos recuerdan los tiempos gloriosos en que la Patti y Tamberlich hacían las delicias de nuestro público, ó los más recientes en que el insigne Gayarre nos electrizaba en *La Favorita*, no pueden menos de repetir melancólicamente, con Jorge Manrique:

« Cualquiera tiempo pasado
Fué mejor. »

Pasando revista por los palcos bajos y plateas del gran coliseo, apenas quedan algunos de aquellos nombres ilustres que figuraban en el antiguo abono; solamente los palcos de Fernán-Núñez y de Medinaceli (hoy duquesa de Denia), sostienen el ilustre abolengo; pero, en la platea de proscenio donde brilló la espléndida hermosura de María Bushental, que hizo de su palco, centro de eminencias literarias y políticas, están hoy los socios del *Veloz;* en aquella otra platea en que figuró otra hermosura célebre, la duquesa de la Torre, no ha vuelto á aparecer quien la reemplace; han desaparecido también los dorados sillones, que, cual nota chillona, se destacaban en el palco bajo de los duques de Santoña; herida por crueles desdichas ha también largo tiempo que la hoy duquesa de Cánovas, no aparece, con su busto arrogante, en la platea de su madre, la marquesa de la Puente; una *estrella* de los salones, la condesa de Guaqui, duquesa de Villahermosa, ha desertado también de aquel trono de sus encantos; y así van desapareciendo todas las que fueron el principal ornato de aquella suntuosa y elegante sala que tan agradable impresión producía en los diplomáticos extranjeros.

Esperemos tiempos mejores; confiemos en que el nuevo empresario, don Luis París, evocará con la lista de su compañía, gloriosas remembranzas, y que acudirán al conjuro de esa varita mágica que se llama *lista de la compañía*, todos los rezagados, todos los que prefieren abismarse en gloriosos recuerdos, á contemplar realidades funestas...

***

Entre tanto que estas esperanzas se realizan, dos teatros del género chico, se llevan la palma, y comparten los favores del público: Apolo y la Zarzuela. Ambos se ven llenos todas las noches: su público es el mismo; en los palcos la flor y nata del *demi-monde*.

Mujeres hermosas, vistosamente ataviadas, luciendo algunas joyas suntuosas, bordan la balaustrada de los palcos, sobre cuyo rojo terciopelo se destacan la nítida blancura de los tendos, ó los suaves matices de las rosas; tributo ofrecido por sus adoradores á aquellas diosas del amor. El espectáculo es lo de menos; allí no se va á ver la escena, allí lo interesante está en los palcos y plateas; la música de Giménez y Chapí, con sus notas genuinamente españolas, sólo sirve para apagar el rumor de las voces con que se saludan y se galantean los jóvenes *sportmen* y las elegantes *demi-mondaines*, mientras el auditorio de la galería y de las butacas se entusiasma y aplaude, con lo que sucede en la escena.

***

Sigue el público interesándose por los repatriados que vuelven enfermos y tristes, de Cuba y Puerto Rico, y se organizan para socorrerlos, algunos beneficios; particularmente en los puntos en donde aun permanece veraneando una parte de la sociedad elegante.

Entre estos beneficios; digno es de fijar la atención, el organizado en Londres, por una ilustre dama, la condesa de Casa-Valencia, que no contenta con haber enviado á S. M. más de *sesenta mil pesetas*, producto de la suscripción por ella iniciada en la Corte de la reina Victoria, ha organizado un *Bazar de la Caridad*, que se inaugurará en breve, y para el que cuenta ya con el concurso de muchos insignes artistas españoles.

De este modo, al par que se aumentan los recursos para el benéfico objeto, se contribuye á propagar en el extranjero suelo el conocimiento de las artes y de la industria nacionales. Merece, pues, bien de la patria, la noble condesa de Casa-Valencia.

MONTE-CRISTO

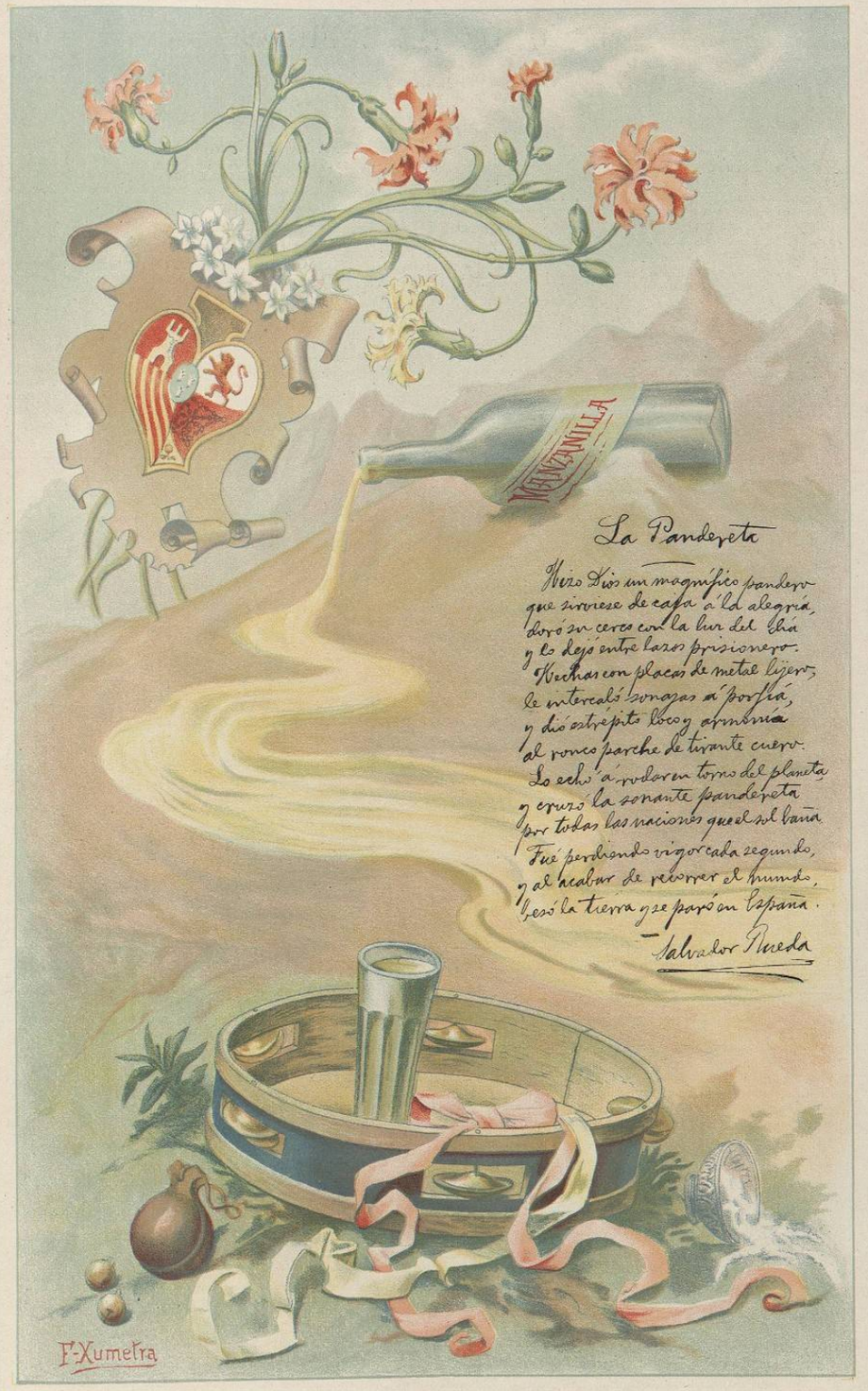
Mtro. P. Astort.

SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

Cubierta en color; de A. Utrillo.
Caer en el garlito. Caricaturas de Miguel Navarrete.
Páginas en color. — *La pandereta.* Soneto de Salvador Rueda. Autógrafo, con ilustración decorativa, de F. Xumetra.
¡Melancolía! Cuadro de P. M. Bertrán.
Una emboscada en la Manigua. Cuadro de Alejandro Saint-Aubin.
Sangre torera. Cuadro de † Juan Guzmán.
Páginas en negro. — *La Cruz de zafiros.* Episodio, contado por el marqués de Premioreal.
La venganza de la Lola. Cuadro de César Alvarez Dumont.
Mi retrato. Carta abierta, de Rafael de la Viesca.
La Virgen de los Claveles. Artículo de Francisco Gras y Elías; ilustrado por Cuchy.
¡Frases! Artículo de F. Correa.
Enredo peligroso. Composición y dibujo de Díaz Molina.
El anónimo. Artículo de Joaquín Arques.
La herencia del tío. Artículo de Pedro Barrantes; ilustrado por A. Coll.
Teatros.
José Rodríguez y Fernández. (Retrato).
Mosaico.
Regalo: *Quadrille para piano;* original de José Rodríguez y Fernández (Cádiz).

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.

Impreso por F. Giró. — Papel de Sucesores de Torras Hermanos. — Litografía Labielle.



LA CRUZ DE ZAFIROS

EPISODIO

A los marqueses de Santillana,
Condes de Corres y de Santiago.

Allá por el año 7, cuando las modas francesas nos habían invadido, precediendo á su ejército, y nuestro trono, ocupado por Carlos IV, se bamboleaba en manos del Emperador; reuníase en Madrid y en casa solariega, sita en la calle del Barquillo, distinguida tertulia que empleaba su tiempo en discutir la política francesa, que como buenos españoles odiaban, y en seguir todos los movimientos del Príncipe Fernando, cuya proclamación deseaban vivamente.

Pertenecía en propiedad á don Juan de Haro, segundón de los Condes de Castel-Bravo, y la habitaba, con sus dos hijas, doña Isabel y doña Carmen, á quienes llamaremos las dos joyas de la casa; pues en verdad lo eran por su belleza física y moral, heredadas ambas de su madre doña Blanca, excelente señora que murió dejando en conventos y hospitales igual olor de santidad, que fama de hermosura en los salones de la Corte.

Tenían las dos hermanas, tipos opuestos y caracteres distintos: Carmen, blanca y rubia, con trenzas que parecían tejidas con rayos de sol, y pupilas verdes como esmeraldas; con un cutis mezcla de ámbar, nácar y rosa, que recordaba los pebeteros de oriente, la nieve de las sierras y el coral de los mares; alta y robusta, pero esbelta y erguida, como palmera majestuosa, era, por su conjunto harmónico, trasunto de las estatuas que, en el apogeo del arte griego, esculpieran los discípulos de Fidias: y no es este un símil más, que relación guardaba con estas líneas marmóreas, su carácter frío é indiferente. Doña Isabel, por el contrario, era dulce y apasionada, con la vehemencia de la primera edad, y con los idealismos del candor; delgada y pequeña,—que no baja,—poseía los encantos de las figuritas de Sajonia, con ojos azules como los sueños de imaginaciones locas, castaño el pelo, de ese tinte en que se confunden el oro y el azabache, la boca fresca y rica en perfume, poblada de dientecitos blancos, cual si fuera nido de diminutos pájaros, y el talle delgado como el de una camelia; el cutis mate, más semejante á la suave gamuza que al crujiente raso.

Rayaba don Juan en los cincuenta; pero se conservaba muy fuerte y ágil. La nevada peluca cubría los claros de la calvicie, y la recamada chupa los efectos de la demacración. Vestía siempre con suma pulcritud, y respiraba toda su persona distinción y bondad.

Como ni él ni su hermano el Conde, habían tenido hijo varón, claro está que las dos niñas eran mimadas á porfía por el padre y los tíos, á quienes habían de heredar; y que los galanes de la Villa y Corte, viendo aquellas piedras preciosas, engarzadas en tan fino oro, se disputaban sus favores, llegando su celebridad hasta merecer el dictado de las niñas de *Castel-Oro*, con que todos las conocían.

Componíase la tertulia, además de don Juan y sus dos hijas, del padre Francisco, religioso dominico, ex confesor de doña Blanca, y en la actualidad, con ejercicio sobre las conciencias del padre y las niñas; de don Cosme, amigo íntimo y compañero de don Juan, en el Seminario del Sacro-Monte, donde ambos ahorcaron los hábitos, el uno para casarse con su bella prima y el otro para vestir imágenes de *santas milagrosas;* del Conde, hermano de don Juan, y de la Condesa, su mujer, dama de honor de la Reina, é inmediata á Dios por el lema de su escudo *Después de Dios la casa de Quirós*. También concurrían con frecuencia don Carlos de Peñaranda, célebre petimetre en los cortesanos salones, y don Jaime de Ureta, señor de la villa de este nombre y guardia de Corps del Rey; además de otros jóvenes de ambos sexos, pretendientes y amigos de las mencionadas señoritas.

Era conocida la tal reunión con el nombre de «la tertulia de los Castel-Bravo», y de todos tan celebrada, que no había forastero de campanillas que á la Corte viniese, que no tuviera por muy señalada honra la de ser presentado en la casa de la calle del Barquillo, cuyas puertas sólo se cerraban á los que *olían* á afrancesados; única exigencia en que don Juan persistía.

Duraba la tertulia, en invierno hasta las ocho, y hasta las diez en verano, diseminándose tan luego como se rezaban las ánimas; excepto los días en que se bailaba *minué;* baile importado de Francia, y al que, mal que le pesara, hubo de dar entrada en su casa el segundón de Castel-Bravo; pero no sin objetar siempre que lo bailaban, las excelencias de las danzas españolas: todas las cuales superaban, en su concepto, á la ceremoniosa danza de los gabachos.

Pero la descripción de estas fiestas merece capítulo aparte; capítulo que servirá de fondo á la presente sencilla narración.

***

Corría el 19 de Octubre de 1807, y por consecuencia, el día de doña Isabel Castel-Bravo, quien celebraba, á la vez que su santo, el de su cumpleaños; pues hacía en él veinticuatro Octubres, poéticos como Abriles, que naciera la hija de don Juan y doña Blanca. Dos años mayor que su hermana doña Carmen, había adelantado á sus padres todos los placeres de la paternidad, y fué siempre el ojito derecho de su madre, pasando á serlo de don Juan, luego que murió doña Blanca.

Habíase festejado el día en, la casa, con platos extraordinarios, y los regalos para doña Isabelita llenaban la consola de la sala y las alhacenas del comedor; pues, desde el plato de dulces de las religiosas Claras, hasta el ramillete del adorador y el regalo de los parientes, todo había concurrido á felicitarla; pero la modestísima doña Isabel, lejos de mostrarse orgullosa de tantos agasajos, los recibiera agradecida y los enseñaba avergonzada.

Aquella tarde, después de anochecido, empezaron á llegar los contertulios, aunque en mayor número que á diario, pues era noche de *minué*.

Las amigas, todas acicaladas con lujosas basquiñas de raso, ya liso, formando aguas, por los efectos de luz, ya rayadas de mil colores, como arco-iris, ó sembradas de flores, como el campo en el mes de Mayo, parecían ellas las festejadas. Fueron entrando por grupos. En el primero, don Jaime, luciendo su marcial uniforme, y don Carlos, con más complicado atavío: el calzón y la chupa de raso blanco bordado «de flores» en sedas de colores, finas gorgueras de Flandes, sujetas con esmalte de Francia; dos relojes, también de esmaltes con leopoldinas cargadas de dijes preciosos; zapatos de raso con hebillas de piedras finas y alto bastón con empuñadura de oro. Les seguían otros tres petimetres, no menos acabados en sus vestidos, y que eran de rigor en estos casos, por su destreza en el baile y acierto para organizar danzas; don Precisos de salón, de todos los tiempos y todas las ciudades.

La sala, una habitación cuadrilonga con tres balcones á la calle, tenía, por todo adorno, una sillería de caoba, forrada de damasco rojo, cuyas doce empinrigotadas sillas se formaban en fila junto á la pared, dejando espacio á dos mesas-consolas, de altos y estrechos espejos, sobre los cuales danzaban, en dorados relieves, figuras campestres; dos relojes de sobremesa traídos de Francia y dos lámparas de bronce, servíanle de guarnición; cubrían las paredes, además de algunas cornucopias, el retrato del difunto Conde, padre de don Juan, con el vistoso uniforme de maestrante de Ronda, y el de la Condesa, su mujer.

Ocupaban el sofá y las butacas las personas de respeto; y como no era costumbre retirar las sillas de sus puestos, colocábanse los jóvenes en ellas, escalonados de suerte que alternasen los sexos, tomando la conversación, un tono circunspecto y severo, no la animada charla propia de la juventud y que el moderno *sans façon* ha venido á autorizar en animados grupos.

Sonaron en esto los toques de oraciones, y después de haberse levantado todos, para contestar al Conde que, como persona de mayor respeto, las dijo, quedaron otra vez sentados en igual disposición que antes. A poco, entraron dos criados, con platos, servilletas y cucharillas, y una vez repartidos, trajeron, en grandes bandejas, tacillas de almíbares y jaleas —entre las que no faltaba la carne de membrillo,—que los tertulianos tomaron, sin moverse para nada de sus sitios; luego sirvieron á los caballeros copitas de rosoli, y repitieron almíbares las señoras; pasando por último agua con azucarillos, y retirándose los criados, después de haber apartado á un extremo de la sala la mesa-velador, y abierto el clavicordio.

La Condesa, levantándose del sofá, preludió un *minué*, y entonces todos los presentes formados en parejas, salieron á bailarlo; empezando esa serie de saludos y reverencias, tan ceremoniosos como afectados, que constituía el baile favorito de nuestros abuelos, progenitor á su vez del elegante rigodón.

En este baile que acompasadamente ejecutaban las figuras, como muñecos movidos por resortes en estantes de juguetería, tocóle á doña Isabel, don Jaime de Ureta, por pareja; y la formaban tan completa y acabada, que se destacaban de las demás, por su apostura y gallardía él, ella por su modestia y sus encantos.

Difícil y enojoso sería enterar de pe á pa al lector, de lo que entre doña Isabel y don Jaime pasó, que siempre en este caso sucede lo mismo, y son iguales aunque diferentes las frases que se cambian; lo que no debe ignorar el que viese bailar este *minué*, es que al volver á sus asientos, doña Isabel no llevaba al cuello la cruz de zafiros que antes ostentase, y don Jaime, escondía algo en el bolsillo más cercano al corazón.

Llegó con el año 8 la gran epopeya de la Independencia Española; la Nación, oprimida bajo el opresor yugo, le sacudió violenta, haciéndose otra vez señora de sí misma, y midiendo la pujanza de sus maltratados leones, con el águila victoriosa del Imperio. Zaragoza, Cádiz, Gerona, escribieron sus nombres, con caracteres de oro, en los anales de la Historia, y Madrid heroico, hizo el 2 de Mayo.

En la calle del Prado, junto al palacio de Medinaceli, que habían tomado por baluarte, cayó envuelto en rojo sudario un capitán de guardias de Corps.

La lucha fué denodada y sangrienta; la escena que siguió horrenda. Desangrando, hasta empapar el lucido uniforme, don Jaime de Ureta, yacía en el suelo; á su alrededor, varios soldados le prestaban los primeros socorros, y el teniente Hurtado le sostenía en sus brazos. Parecía el herido exánime, que tal era la fuerza de la hemorragia, cuando de pronto, haciendo un supremo esfuerzo, se arrancó una cruz que llevaba al cuello, y después de besarla, la empapó en sangre de sus heridas, diciendo: «á doña Isabel de Castel-Bravo, y que no olvide nunca á quien se la devuelve á las puertas de la muerte».

La cruz de zafiros, de azul límpido, que era, se convirtió en rojo amoratado; pareciéndose en esto á las aguas del mar que toman la luz del cielo, ó á esos tulipanes que mudan de color con los cambios atmosféricos.

Levantado don Jaime en gravísimo estado, fué conducido en una camilla al hospital inmediato; mientras el teniente, viéndole casi en la agonía, marchó á cumplir su delicada misión.

Los cuarenta días que duró la enfermedad de don Jaime, veló á su cabecera una hermana de la Caridad, en el hospital desconocida, y que la Superiora decía haber pedido, para que la ayudase en tan apurado trance. Sobre la blanca pureza, lucía una crucecita de piedras raras que nadie co-

nocía; eran los zafiros manchados con la sangre de Ureta. Esta hermana se llamaba doña Isabel de Castel-Bravo. También asistía al capitán, don Juan, su amigo que sin cesar exclamaba: «¡Es un héroe; ¡bravo por los Ureta, y que vengan los gabachos!

Larga fué la convalecencia; pero, cuando se proclamó la Constitución, ya habían tenido lugar en la capilla de los Castel-Bravo las bodas de doña Isabel y don Jaime, bodas celebradas como en tiempos pasados, con uno de aquellos *minués* tan célebres en la Corte, y que ahora sólo se bailan en son carnavalesco, cuando los cascabeles del dios del escándalo, hacen pensar á las damas en alguna novedad ó antigüedad de indumentaria.

Cuando el hijo de don Jaime de Ureta y doña Isabel Castel-Bravo, Conde de este título, pasaba luego en carretela por el Monumento del 2 de Mayo, no podía menos de recordar que, por un milagro de la Providencia, no se había enterrado bajo aquellas símbolicas losas, con el cuerpo de su padre, su vida mortal.

El Marqués de PREMIOREAL

CESAR ALVAREZ DUMONT

LA VENGANZA DE LA LOLA

MI RETRATO

Carta abierta á D. Manuel Escalante y Gómez.

Me pide usted, con amabilidad suma, que á mí me honra, mi fotografía, para la acreditada revista Album Salón, que con tanto éxito como unánime beneplácito, se publica en Barcelona.

De momento no puedo complacer su galante demanda, porque no tengo ninguna cartulina, buena ó mala, que recuerde mi escuálida figura; y como á usted le apremia el encargo que me hace, yo, que siempre procuro complacerle, no quiero por más tiempo dejar de satisfacer su bondadoso ruego.

¿Le sirve á usted un retrato hecho con cuartillas, pluma y tinta, por el mismo interesado?

Está hoy tan de moda y tan en auge la fotografía, que ya podemos decir que casi cayeron en desuso esos magníficos retratos que en otro tiempo daban crédito á este negocio.

Hoy, cualquier mortal es fotógrafo; compre su máquina y sólo con la condición de que haga buen día y que los rayos del sol coadyuven á la instantánea, no sólo quedan conservadas personas, sino edificios, detalles y hasta meros incidentes.

Por lo cual, puedo también incurrir en este modernismo y hacerme á mí propio un retrato; suplicándole tan sólo, pues conoce al original, retoque las líneas defectuosas que, por incorrección en la forma, puedan afear el conjunto.

La delgadez, los nervios y los huesos son los componentes de la figura; la nariz afilada, el descuido de la barba y el tinte pálido del rostro, denotan apocamiento y cansancio físico.

Las batallas de la vida y la lucha con un ideal que nunca se alcanza, dejan en torno del espíritu cierta atmósfera de tristeza que no borra ni el incesante y rudo cambio de los distintos asuntos que un día y otro día se alternan.

Audiencia hoy, la política mañana, el periodismo siempre, la recomendación continua, con el intervalo de la carta, la visita, el folleto ó el libro, hacen bueno el castizo refrán de: *El que mucho abarca poco aprieta*.

Para mí ha habido siempre tres cosas en la vida que me han costado muchísimo trabajo: sacarme una muela, cortarme el pelo y hacerme un retrato. Y no se crea que esto significa falta de valentía ó falta de higiene ó alarde pueril de demostrar hipócritamente que me da rubor que se perpetúe mi imagen: no, es el efecto nervioso, la tensión que se apodera del ánimo cuando sentado en el sillón del dentista, se espera el terrible momento en que el gatillo haga desaparecer el hueso enfermo; es la charla inoportuna del barbero que desmenuza unos y otros asuntos, retardando el afeitado de la barba ó el corte del pelo; es el tiempo que se pierde en casa del fotógrafo, buscando buena posición, enfocando la cámara obscura, combinando los detalles de sonrisa del semblante y de *posición académica* del retratado.

Por eso, ahí va ese *cliché:* si lo encuentra pasable, envíelo á Barcelona; sino, rásguelo é inutilícelo, que esto segundo, más que lo primero, le agradecerá su affmo. S. S.

q. b. s. m.
Rafael de la VIESCA

P. M. BERTRÁN

MELANCOLIA!

ALEJANDRO SAINT-AUBIN

UNA EMBOSCADA EN LA MANIGUA